

—¿Por qué razón?

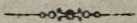
—Vos mismo sereis el primero que aprobeis mi resolución.

—No os comprendo.

—Me explicare. Mi esposo tiene un carácter irascible. Vergüenza me dá confesarlo; pero ha habido veces en que, olvidándose de los deberes de caballero, se ha atrevido á ultrajarme, no sólo de palabra, sino de obra; aún no hace mucho tiempo que he sentido en mis mejillas el peso de su mano.

—¡Qué horror!--exclamó Altamirano.— En ese caso, venid conmigo, y yo imploraré en vuestro favor el amparo de Hernan Cortés.

Juana Mansilla dió gracias al misionero, y un momento despues se daban á la vela, llegando algunos dias más tarde á Trujillo, en donde se hallaba el ilustre héroe de nuestra historia.



Capítulo LIX.

En el que el ilustre caudillo se decide á volver á Méjico.

Apenas se presentó el padre Altamarino á Hernan Cortés, le dijo este:

—Graves deben ser los motivos que os han impulsado á emprender este viaje, sabiendo como sé que cada dia adquiriais nuevos triunfos en la conversion de los indios.

—Desgraciadamente así es.

—¿Pues qué ocurre?

—Que los españoles que quedaron en Méjico, divididos en dos bandos, comprometen con sus disensiones la posesion de los países conquistados. Si los indios se aprovechasen de estas luchas intestinas, no tengo á qué deciros cuál seria el resultado.

No sé si habrá llegado á vuestra noticia que Gon-

zalo de Salazar y Piralmíndez, haciéndose reconocer como gobernadores á título de que vos habíais muerto, prendieron al tesorero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, mandaron ahorcar á Rodrigo de Paz y cometieron otros mil excesos.

—Tengo noticia de esos atentados y de la pena de azotes que impusieron á Juana de Mansilla, por un mensaje que me envió Alonso de Zuazo.

—Pero lo que no sabreis es que Juan de la Peña ha ido á España con dineros para el rey y cartas para Cobos.

—Yo me tengo la culpa de cuanto me sucede. He sembrado beneficios en corazones ingratos, y sólo debía esperar desengaños.

—No es solamente eso. Permitidme que os diga que teneis gran parte de culpa por no haber obligado á todo el mundo á que os tributase los honores á que sois acreedor por vuestro alto cargo. Desde hoy en adelante debéis hacer que os den el tratamiento de señoría, que en vuestro palacio se os ponga estrado y dosel, y que cuando os presentéis en público se hagan las salvas de ordenanza.

A Cortés, cuyo carácter franco, sencillo, conocemos, le repugnaba seguir las indicaciones del bueno del Altamirano.

Pero insistió tanto el virtuoso sacerdote, le hizo ver tal modo la conveniencia de variar su modo de ser, que al fin accedió á sus ruegos.

—Ahora sólo resta,—añadió el anciano,—que lo dispongais todo para emprender el viaje á Méjico.

Unicamente vuestra presencia puede poner término al conflicto que comienza á dibujarse en la ciudad.

—Ya había yo intentado dirigirme allí; pero tomé por un aviso providencial, para disuadirme de mi propósito, una tempestad que me sorprendió en el camino. Veo, pues, que no tengo más remedio, y voy á mandar á los indios que trabajan en arreglar el camino de Nicaragua que se trasladen al de Guatemala para hacer lo propio.

—¿Segun eso, os proponéis ir por ese punto á Méjico?

—Pienso seguir el mismo itinerario que Francisco de las Casas.

A partir de aquel momento, no descansó un instante el ilustre conquistador.

Envió mensajeros á todas las ciudades del tránsito, anunciándoles su próximo viaje y rogándoles que tuviesen preparados víveres y desembarazados los caminos.

Los caciques recibieron con gran entusiasmo esta noticia.

Le tenían en gran estimacion por haber sometido á su obediencia á Méjico, Tenuchtitlan, y todos á porfía se esmeraron en prepararle un recibimiento verdaderamente espléndido.

Aderezaron los caminos hasta el valle de Ulancho, y las sierras de Chindon, que son muy fragosas.

Vistieron sus mejores galas y adornaron magníficamente las casas que destinaban para alojamiento; pero fueron estériles estos preparativos.

El padre Altamirano no aprobaba la ruta que se proponía seguir Hernan Cortés.

Era demasiado largo el camino que pensaba recorrer, y haciéndole ver la conveniencia de que cuanto antes llegase á Méjico, dispuso por fin el ilustre caudillo ir por mar á la Nueva España.

Abasteció al efecto dos navíos, y dictó varias órdenes para la gobernacion de Trujillo y de la Natividad durante su ausencia.

Se disponía á darse á la vela, cuando llegó una embajada, que manifestó el mayor interés en que le concediese una audiencia.

Hernan Cortés se apresuró á recibirla.

—Venimos,—le dijeron los enviados,—á daros gracias en nombre de los vecinos de Huitila y otras islas, por los singulares favores que en otro tiempo nos dispensásteis.

Aún no se ha borrado de nuestra memoria, que, á no ser por vuestros auxilios, hubieran hecho presa de nuestro territorio los caciques comarcanos; y convencidos de la generosidad de vuestros propósitos, nos atrevemos á haceros una nueva súplica.

El ilustre Cortés no recordaba que Huitila formaba parte de las islas conocidas con el nombre de Guanajos, situadas entre el Puerto de Caballos y el Puerto de Honduras.

Pero como le urgía el tiempo, se limitó á decir:

—Si como creo, y es mi mayor deseo, continuais reconociendo mi autoridad, pedid lo que gustéis, y sereis complacidos. Bien sabéis que si soy inexorable

con los desleales, con los rebeldes, tambien sé premiar á los que permanecen fieles á mis órdenes.

—Permitidnos que basemos vuestras plantas,—añadió uno de los embajadores, humillándose respetuosamente ante el caudillo.—Nuestra peticion se reduce á que enviéis por jefe de cada isla á uno de vuestros capitanes. De este modo nada tendremos que temer en lo sucesivo.

—Dentro de breves dias sereis complacidos,—dijo Hernan Cortés.

—Si no nos tacháseis de exigentes, nos atreveriamos á rogaros que cuanto antes cumpliéseis lo ofrecido. Nuestros vecinos, olvidándose del escarmiento sufrido, empiezan á manifestarse hostiles, y amenazan caer de un momento á otro sobre nosotros.

—No puedo detenerme, porque asuntos graves reclaman mi presencia en otra parte: pero no tengais cuidado, que se procederá en breve á lo que deseais.

Los mensajeros se despidieron, y Hernan Cortés encargó á Hernando de Saavedra, á quien dejó por su teniente en Trujillo, que en cuanto terminase la guerra con Papaica enviase á los de Huitila los españoles que pedian.

Un momento despues recibió aviso de que en Cuba y en Jamaica algunos españoles, instigados por Rodrigo de Merlo, obligaban por medio de la fuerza á los isleños á trabajar en el laboreo de las minas y en el cultivo de la azúcar; y como no queria crearse enemistades, envió una carabela con mucha gente, encargando al capitan de ella que dijese en su nom-

bre á Merlo que inmediatamente pusiese en libertad á aquellos infelices.

Este último obedeció, y los indios fueron restituidos á sus islas.

El cacique Pizacura, que habia sido hecho prisionero, desde que se hallaba en poder de Cortés habia dado grandes muestras de adhesion y de respeto.

El ilustre conquistador queria que le acompañase á Méjico, y al efecto celebró con él una entrevista.

—Como sabeis,—le dijo,—dentro de breves instantes voy á darne á la vela para la ciudad imperial. Vais á venir conmigo, y así tendreis ocasion de admirar las construcciones que por nosotros se han llevado á cabo, y la marcialidad, el valor, la disciplina de mis soldados.

—Yo preferiria, si confiáis en la sinceridad de mi afecto, que me dejáseis aquí. Amo á mi esposa Lajacuya, ella me corresponde, y me será muy dolorosa nuestra separacion.

—Ved que este viaje puede ser la base de vuestra prosperidad. He tenido ocasion de conocer vuestro valor, los excelentes dotes que os adornan, y pienso daros en mi ejército un puesto digno de vos.

Pizacura accedió.

Cortés obraba de este modo, porque comprendia que al regresar Pizacura á Trujillo habria formado una alta idea de los españoles; y como disfrutaba de gran influencia entre los suyos, lograria por su mediacion pacificar por completo el territorio sin necesidad de recurrir á las armas.

Cuando el cacique comunicó á Lajacuya su resolucion de ir con Cortés á Méjico, su esposa, que era muy celosa, y habia oido hablar de la belleza de las españolas:

—Te suplico que no vayas,—le dijo,—porque tu vida corre peligro. Ese es un lazo que quiere tenderte, para arrojarte al mar durante la travesía.

—Desecha esos temores; ¿no conoces que si quisiera el malinche deshacerse de mí, hallándome en su poder, no tendria que recurrir á ese medio?

—Será lo que tú quieras; pero yo no tendré tranquilidad si te separas de mi lado.

—He empeñado mi palabra, y tengo la obligacion de cumplirla.

—Hágase tu voluntad,—dijo la india, disimulando la ira que le producian las palabras de su esposo.

Los buques esperaban en el puerto, y Hernan Cortés mandó avisar al cacique para trasladarse á bordo.

El soldado que fué á cumplir esta mision volvió diciendo que el cacique se hallaba enfermo de gravedad.

Inmediatamente acudió un médico á informarse de su estado.

Cuando llegó á la habitacion del enfermo, acababa de espirar.

En su fisonomía se determinaban con indudable claridad las huellas de un reciente envenenamiento.

Todas las sospechas recayeron en Lajacuya.

Se abrió proceso, y todas las declaraciones esta-

ban conformes en que nadie habia penetrado en la habitacion del enfermo, á no ser su mujer.

Se notó además en una de las manos de esta una mancha de color igual al que presentaba el cadáver, sin duda á consecuencia de la caída del líquido que habia ocasionado la muerte del cacique.

Aunque la criminal esposa negaba al principio con una serenidad que hacia dudar á los jueces, ante la amenaza de que iba á ser sometida al tormento, declaró su delito, y fué sentenciada á la pena de horca.

La ejecucion tuvo lugar en medio de la consternacion de todos cuantos la presenciaron.

Un momento despues se embarcó Hernan Cortés con veinte españoles y muchos mejicanos, y antes de darse á la vela se expresó en estos términos:

—Si grandes, si importantes, si trascendentales han sido las luchas que hasta hora hemos venido sosteniendo; si para salir triunfantes en todas ellas hemos necesitado del poderoso auxilio de la Providencia, en las circunstancias en que nos encontramos, en el estado en que se hallan los ánimos en Méjico, nos es precisa más que nunca la proteccion divina.

Para que nuestro viaje sea feliz, para que al llegar á la imperial ciudad procedamos con el tacto, con la mesura, con la inteligencia que ha de determinar para el porvenir nuestra verdadera situacion, pidamos al Altísimo que nos proteja, que nos guie, que nos ilumine, y Él que conoce la santidad de nuestra causa, se pondrá como hasta aquí de nuestra parte.

Al terminar estas palabras hincó la rodilla, todos le imitaron, y elevando los ojos al cielo, comenzaron á entonar una sencilla plegaria; pero impregnada de los puros destellos de la fé que sentian en su alma cuantos la pronunciaban.

Terminado este acto en medio del mayor fervor, sonó el cañonazo de leva, y los buques, impulsados por una proteetora brisa, surcaron majestuosamente las cristalinas aguas.

Capítulo LX.

En el que Hernan Cortés, despues de sufrir un fuerte vendaval, arribó á la Habana.

Partió Hernan Cortés del puerto de Trujillo el día 25 del Abril del año 1526.

Durante la travesía el tiempo fué bonancible, y dobló el cabo del Yucatan, y pasólos Alacranes con toda felicidad.

El ilustre caudillo, cuyos conocimientos náuticos se habian aumentado considerablemente con la práctica, desconfiaba de aquella calma, porque temia fuera precursora de la tempestad.

En efecto, sus sospechas se confirmaron.

Sobrevino un fuerte vendaval, que le obligó á amainar velas por no volver atrás.

Pero el viento no se calmaba, y el desencadenado huracán ponía en peligro las naves.

El padre Altamirano no cesaba de elevar sus súplicas al cielo para que les sacase con bien de tantos peligros, y al cabo de algunos días de navegacion, días de zozobra y de angustia, arribaron á la Habana.

Gran sorpresa causó á los habitantes de esta rica antilla la aproximacion de los buques.

Pero al saber que iba á bordo Hernan Cortés, al reconocerle, entusiastas gritos de alegría atronaban el espacio.

Todos á porfia se disputaban el honor de hospedarle en su casa, y en su obsequio se celebraron infinitos banquetes.

Tambien hubo fiestas y cañas, en las que lucieron su gallarda apostura, su incomparable destreza los españoles.

Los soldados disfrutaron de amplia libertad los diez días que allí estuvieron, y en alegres francachelas pasaban la mayor parte de las horas.

Los partidarios de Velazquez, que aun guardaban rencor á los de Cortés, promovieron una noche un conflicto, que pudo tener graves consecuencias, á no ser por la oportuna intervencion de unos marineros que se hallaban á corta distancia del sitio donde tuvieron lugar aquellos sucesos.

Se celebraba un banquete, y como de costumbre, al final se pronunciaron entusiastas brindis.

Uno de los partidarios de Diego de Velazquez, con una audacia que no se concibe, empuñando una copa, exclamó:

—Brindo por que al regresar á España los ambiciosos aventureros, que por medio de la traicion, por el engaño, poniendo en juego todas las malas artes, lograron desprestigiar al verdadero jefe de estos lejanos países, al ilustre caballero don Diego Velazquez de Leon, hallen en la corte del emperador Carlos V el castigo que merece su cobardía; brindo...

—¡Calla, infame!—dijo interrumpiéndola uno de los soldados de Cortés,—si no quieres parecer á mis manos. Indignas son las palabras que acabas de pronunciar, y ¡vive Dios! que no han de quedar sin escarmiento.

—No me asustan esas baladronadas, señor valentón, y en prueba de ello hé aquí cómo contesto yo á los que me amenazan.

Y al terminar estas palabras, le arrojó al rostro su interlocutor la copa que tenia en la mano.

La ira que produjo en el soldado aquella afrenta fué tal, que precipitándose sobre su contrario, descargó sobre su cabeza tan terrible puñetazo que le derribó en tierra.

Todos tiraron de las espadas, y á unos silbidos que dieron los de Velazquez acudieron algunos que sin duda esperaban en la calle esta señal.

Felizmente, apenas se habia empeñado el combate, unos marineros que pasaban por allí, al oír el ruido que producian al cruzarse las espadas, entraron en la casa y lograron hacer ver á unos y otros lo imprudente de su conducta.

El soldado ofendido no se conformaba con las in-

dicaciones que le hacian sus compañeros; pero estos pretestaban que bien castigado estaba el que le habia insultado, toda vez que aun yacia en el suelo.

Los marineros consiguieron por fin que les siguieran los de Cortés, y los partidarios de Velazquez, en cuanto se vieron solos, corrieron á ponerse en salvo por lo que pudiera ocurrir.

En muy mal estado se llevaron al principal causante de aquella escena.

El golpe que habia sufrido fué tan violento, que le produjo una congestion cerebral.

Momentos despues murió, y aunque Cortés supo este triste suceso no se dió por entendido, porque de lo contrario hubiera tenido que adoptar alguna medida dura.

Se limitó solamente á activar la reparacion de los buques para proseguir la marcha, porque adivinaba que de permanecer allí no seria aquel solo el disgusto que tendria que lamentar.

Por entonces pasaron por la costa navios de los que iban en busca de provisiones para la Nueva España, y como es natural, aprovechó Hernan Cortés aquella circunstancia para saber la verdadera situacion de la imperial ciudad de Méjico.

Dirigiéndose á los que los tripulaban:

—¿Qué espíritu reinaba en Méjico á vuestra salida de la ciudad?

—Comenzaba á disfrutarse la tranquilidad de otros dias.

—¿Segun eso, han terminado las disensiones, las

rivalidades que se habian suscitado y que de dia en dia iban tomando mayores proporciones?

—Cesar precisamente, no, pero desde la prision del factor Salazar y de Peralmindez los ánimos se han sosegado algo.

—¿Es decir que con mi presencia creéis que las cosas volverán á su ser natural?

—Estoy seguro de ello. El prestigio de que justamente gozais acallará ambiciones bastardas, y con vuestra enérgica voluntad conseguireis restituir la tranquilidad tan necesaria para conservar la posesion de la ciudad.

Hernan Cortés recibió gran alegría con estas noticias.

—Ya veis,—decia al venerable Altamirano,—que nuestra situacion no es tan crítica. No es esto decir que yo creyera exagerados vuestros temores, sino que me felicito de que aun lleguemos á tiempo para conjurar la tempestad que amenazaba destruirnos.

Despidiéronse, pues, los expedicionarios de los que tan buena acogida les habian dispensado, y acto continuo se trasladaron á bordo.

Capítulo LXI.

Recibimiento que hicieron al ilustre caudillo á su entrada en Méjico.

Ocho dias despues de su salida de la Habana llegaron los expedicionarios á Chalchicoeca, porque el viento los fué favorable.

No pudieron entrar en el puerto, porque cambió el tiempo y corria mucho viento terral.

Permanecieron dos horas en el mar, y cuando hubo un poco de calma llegaron á tierra.

Hernan Cortés, dirigiéndose á cuantos le acompañaban:

—Acudamos al templo,—les dijo;—seguidme todos, y demos gracias á Dios por haber llegado hasta aquí sin sufrir la menor avería.

Todos lo hicieron así, y era un espectáculo digno de verse contemplar á aquellos esforzados guerreros,